

Vida y muerte de la metáfora: una mirada a sus diferentes conceptualizaciones en el discurso filosófico contemporáneo

Viviana Román González

Grupo INES – Línea de Investigación en Pedagogía del Español y la
Literatura

*“La metáfora auténtica es la que
despierta la visión más amplia,
la que hace a la palabra
remontarse a partir de su origen
y hace aparecer el mundo.
Ésa es la metáfora viva.”*

Paul Ricoeur.

En el ámbito contemporáneo se ha superado el pensamiento que entendía por metáfora el recurso retórico que implicaba la explicación de un concepto complejo por medio de otros más básicos y conocidos, y cuyo uso se hallaba enmarcado en el ámbito literario y poético, donde perseguía el fin de enriquecer la lengua. A raíz de un gran número de investigaciones¹ que demuestran que el pensamiento figurado va más allá de estos campos, y que es un hecho real que impregna la vida cotidiana, se ha expandido (¿o descubierto?) también su dominio dentro de otras áreas, donde ha hallado un lugar predominante y fundamental.

Una de ellas, y en la que va a

centrarse esta discusión, es el discurso filosófico. A lo largo de muchos años de reflexiones en torno a este tema, se han delimitado dos formas principales de pensamiento en cuanto al concepto de metáfora y su función en el discurso de la filosofía. El propósito principal de este escrito es presentar el contraste entre esas corrientes que han considerado el estado actual de la metáfora como una vana ilusión, un elemento corroído como resultado del uso, por un lado, y las que han visto en esta decadencia una gran efectividad, un movimiento ascendente cuya importancia redundante en la innovación de sentido, así como en el cambio de la manera como se percibe y conceptualiza al mundo, por el otro.

Uno de los autores que dedican muchas líneas a las consideraciones acerca de la metáfora es Nietzsche. Para él, la metaforización es el origen mismo de la lengua (Ferro, 1984, p. 24). Esto es fácilmente ejemplificable en el campo de la filosofía, donde las

funciones corporales aparecen como el paradigma desde el cual lo mental es pensado y conceptualizado. Heidegger, por ejemplo, conceptualizó el pensar como un “oír y un ver” (Agís, 1995, p. 208). Ahora bien, para Nietzsche, el proceso de conceptualización llevaba consigo el sometimiento de la metáfora a la abstracción, que la tornaba descolorida y fría al fijar su sentido. Esto implica que el hombre se vuelva mentiroso, “pero, como se ha olvidado de la metáfora, vive de una ilusión de verdad (...) el olvido de la metáfora se parece a la muerte” (Ferro, 1984, p. 22).

Dos importantes pensadores compartieron con Nietzsche esta opinión: Su coterráneo Martin Heidegger y el francés Jacques Derrida. En especial, éste último planteó que, al pretender distanciarse del mundo de las apariencias, los metafísicos y poetas han cultivado “fábulas” despojadas de su color, donde la imagen sensible perdía su virtud original, por lo cual sus producciones discursivas se apoyarían de ahí en adelante en una “mitología blanca” (Derrida, 1989, p. 253)². Los tres pensadores tuvieron su punto de convergencia en lo que se denominó la “hermenéutica de la sospecha”, según la cual “se debe destruir el lenguaje del hombre para convertirlo en lenguaje del ser (...) El lenguaje debe separarse del hombre y acercarse al ser; allí es donde comienza la metáfora viva” (Derrida, 1989, citado por Agís, 1995, p. 209-210).

Esta separación implicaba destruir o reconstruir los esquemas metafísicos y retóricos mediante los cuales se había tejido y desvelado hasta ahora el

lenguaje figurado en la filosofía. Como resultado, se ahondaría en el estudio en profundidad de la parte semántica de la metáfora, hasta llegar al origen mismo de las transposiciones que dieron origen a las metáforas constitutivas de los conceptos metafísicos (Derrida, 1989, p. 255). Sin embargo, su teoría es poco concluyente. En sus últimas aportaciones, concibe el desbordamiento de lo metafísico, o su retirada, como el punto de partida para hablar de la metáfora en la filosofía, concepto que también se muestra en retirada³. Aun así, tampoco proporciona elementos para la construcción del discurso de lo propio o literal (Agís, 1995, p. 231).

De la misma manera como se ha analizado esta concepción decadente de la metáfora, es importante dirigir la mirada hacia otros puntos de vista. Aquí es posible observar dos figuras predominantes: La primera de ellas es Georg Wilhelm Friedrich Hegel, quien constituye un punto de apoyo importante para los planteamientos de Derrida. Formó parte del grupo de pensadores contemporáneos que rompió la concepción de la metáfora sólo como figura estética y la catalogó como un importante instrumento en la lengua filosófica. Hace la distinción entre “metáforas vivas” y “metáforas apagadas”; éstas últimas como las expresiones que se han ido deteriorando a fuerza de la usura, cayendo en el saco de las expresiones comunes (Cf. Hegel: *Estética*. Citado por Derrida, 1989, p. 265). Aunque puede apreciarse la gran semejanza con los pensadores de la metáfora decadente, existe una diferencia de fondo que será señalada posteriormente.

Junto a Hegel es posible ubicar al francés Paul Ricoeur, quien en su filosofía hermenéutica propone una mirada totalmente innovadora a la metáfora en el discurso objeto de este trabajo. Sus postulados están firmemente enraizados en su concepción del texto escrito, y es importante resaltar este hecho para comprender su concepción del texto filosófico y del lugar de la metáfora en él. La gran importancia adquirida por este medio se halla en la “doble ocultación” que le es característica: el lector está ausente de la escritura, y el autor, de la lectura. Además, debe desecharse la concepción del texto escrito como presencia pasiva: se le equipara ahora con los actos de habla (Austin y Searle), es decir, el texto, al igual que el habla, es un hacer. De esta manera, como lo afirma Ricoeur, ha cambiado completamente el concepto tradicional del texto como transcripción del habla, para pasar a ser una inscripción directa de la intención del decir, con lo cual se ha liberado del lugar del habla (Agís, 1995, p. 106).

Dentro del pensamiento ricoeuriano, el texto filosófico presenta elementos comunes a cualquier otro tipo de enunciado. No existen palabras ni lenguajes filosóficos, sino un uso especializado de ciertas palabras, conceptos y metáforas, cuyo fin principal es configurar un código especializado, que puede ser desvelado por quienes de manera especial se dediquen a su estudio. Para él, el discurso filosófico presenta la peculiaridad de encontrarse adherido a la inestabilidad ontológica del ser del hombre, y, por tanto, es abierto,

permanentemente móvil (Agís, 1995, p. 127-128). En la medida en que el texto no se cierra, sino que presenta una apertura hacia el mundo que redefine y hace, es como todo sujeto es llamado a comprenderse a sí mismo delante del texto, esto es, a desarrollar las variaciones imaginativas de su ego, abriéndose también él mismo hacia el mundo y hacia el desarrollo de sus múltiples potencialidades (Ricoeur, 1975, p. 116-117).

Es en este punto donde surge la concepción de “metáfora viva”, dentro de la cual ésta ha dejado de ser un mero tropo⁴ para convertirse en un discurso en miniatura. Se puede observar aquí un desplazamiento o progresión importante de la palabra a la frase y de ésta al discurso, que constituye el problema central de la hermenéutica. La metáfora viva es, entonces, el elemento central y paradigmático del discurso filosófico, expresión de su configuración peculiar (Agís, 1995, p. 129-130).

Las concepciones presentadas por Hegel y Ricoeur, gracias a las cuales se transforma el papel de la metáfora como elemento retórico, conducen a la apreciación de la metáfora desde el plano cognoscitivo, desde el cual se destaca la importancia de la utilización de los diversos sistemas metafóricos, donde se resaltan y ocultan diversas facetas del objeto del que se habla o escribe, redundando así en la conceptualización del mismo (Chamizo, 1998, p. 54). Desde el punto de vista de la consciencia del usuario, se da cuenta de la existencia de tres tipos de metáfora: Las “muertas” o lexicalizadas, las semilexicalizadas

y las creativas o poéticas. Las dos primeras se caracterizan por ser habituales en el ámbito cultural, con un uso bastante frecuente, bien delimitado y suficientemente tipificado, dando las metáforas lexicalizadas origen a los casos de homonimia, o múltiple significación de las palabras (Chamizo, 1998, p. 48).

Sin embargo, es el tercer tipo de metáfora el que será comentado aquí. La metáfora creativa no pertenece a ninguna red conceptual habitual; de hecho, en algunas ocasiones se opone a ellas. Tiene su origen en la necesidad comunicativa del hablante de proponer nuevas alternativas para hacer inteligibles objetos nuevos o habituales. Su uso resulta sumamente fructífero, al traer consigo la creación de toda una terminología nueva para referirse al objeto, y al establecimiento de un marco de referencia propio para entenderlo y conceptualizarlo, lo que, en conjunto es entendido por Ricoeur como la “*logique de l’invention*” (La metáfora viva, p. 114). Un muy buen ejemplo lo constituye Thomas Kuhn, quien, después de largos años de encontrarse inmerso en el paradigma de que “La sustitución de una teoría científica por otra es un proceso lógico”, postula este proceso en términos de “*revolución*”, alterando así la visión de mundo dentro del panorama científico (lo que incluye a la filosofía), la imagen misma de ciencia y de la persona del científico.

Dentro del discurso propiamente filosófico, es posible resaltar la analogía ya mencionada que realizan Nietzsche y Derrida entre el campo lingüístico y económico: Según el

primero, las verdades se han convertido en “*monedas*” que por el desgaste han perdido su impresión, agotamiento de sentido que es visto por el pensador francés como la “*usura de la metáfora*”. El vínculo entre valor lingüístico y monetario lleva entender la metáfora como “*plusvalía lingüística*” (Derrida, 1989, p. 259). La metáfora decadente también ha sido conceptualizada a través de la analogía con el entorno natural, por medio del concepto de “*erosión*”, o de “*relieve gastado*”. La comprensión de la transposición metafórica en términos de “*ser vivo*” ha llevado a realizar postulados en torno a su “*ciclo vital*”, por esto mismo se analiza en este escrito su “*muerte*” o “*vida*”.

El proceso natural de lexicalización de esas expresiones metafóricas es lo que Hegel denomina caída de en el saco de las “*expresiones comunes*”, el “*olvido de la metáfora*” para Nietzsche, la metáfora “*desgastada*” de Heidegger y Derrida. Ahora bien, debido precisamente a la pérdida de la conciencia de esta transposición metafórica, que ha llevado a los usuarios al olvido del significado literal original para situarlos en otro sentido, se piensa, en términos lingüístico-cognitivos, en un proceso clausurado, no extrapolable a nuestro momento histórico y, por tanto, circunscrito al campo de una mera curiosidad erudita” (Chamizo, 1998, p. 114).

Esto de ninguna manera debe entenderse así, pues sin el concepto, es decir, sin la generalización y homogeneización de los distintos aspectos de la realidad, el pensamiento se encierra en los límites de lo

particular. En este sentido, el olvido (lexicalización) de la metáfora es necesario para lograr el establecimiento de conceptos que estructuren el pensamiento y la comunicación, y es aquí donde Hegel y Ricoeur reconocen la utilidad de la metáfora “muerta”, donde hallan, ante todo, que es este proceso el que ha permitido crear el vocabulario técnico o especializado referente al discurso filosófico, lo que posibilita la apertura hacia la innovación de sentido (Agís, 1995, p. 224). Incluso, el filósofo francés afirma que la disimulación de la metáfora gastada en la figura del concepto es el gesto filosófico por excelencia, que busca lo visible a través de lo invisible y dirige la metáfora hacia lo trascendente (Ricoeur, 1980, p. 363).

De hecho, el genio del pensador y del artista reside precisamente en “rejuvenecer la metáfora desgastada”, con el fin de resignificarla y encaminarla hacia la expresión novedosa, lo cual equivaldría a convertirla en una metáfora creativa, que obedezca a la necesidad comunicativa de su re-creador. Umberto Eco lo menciona como el efecto de distanciamiento, que obliga al artista a redescubrir un sentido tras el empleo novedoso de las palabras, causando en el lector un efecto conocido como espaciamento o sensación de extrañeza (causada por la organización ambigua del mensaje respecto al código), después de lo cual se procede a reconsiderar el mensaje desde otro punto de vista; de este modo, la metáfora viva puede actuar ya no como vehículo que acerque al lector

a la comprensión de su significado, sino como creación de una percepción particular del objeto y, por supuesto, del mundo que se ha resignificado a partir de él (Eco, 1981, p. 179).

A manera de conclusión, es posible reafirmar la prevalencia de la metáfora en tanto proceso cognitivo y en tanto lengua natural del discurso filosófico. Como se ha evidenciado a través de la comparación establecida, concebir la metáfora –incluso la metáfora “apagada”– como puerta abierta hacia la afirmación del conocimiento a través de la estructuración del concepto, es la dirección que debe seguir la metafísica, pues el “lenguaje metafórico intuitivo” – ya desgastado a fuerza de uso en Nietzsche y Derrida – se constituye en el punto de partida para continuar el movimiento –sugerido en el prefijo “meta”– de llevar más allá la capacidad del lenguaje, ampliando su fuerza significativa y expresiva.

Es también importante afirmar que la apropiación de la metáfora viva por parte del filósofo redundará en la renovación constante de la lengua filosófica, con lo cual también se está dando un paso en firme hacia su avance. El pensar el mundo es una tarea un poco ardua; se pisa un terreno áspero, fragoso, cuya comprensión y comunicabilidad se complican aún más sin el establecimiento de un modo de expresión en el que permanentemente se desautomaticen las leyes, fórmulas y maneras de representación de la realidad para dar formas a nuevas percepciones de la misma.

Referencias bibliográficas

1. Especialmente por parte de la lingüística cognitiva. Ver Cuenca, María Joseph y Hilferty, Joseph. Introducción a la lingüística cognitiva. Barcelona: Ariel, 1999, págs. 31-61 y 97-124.
2. De hecho, se observa que es idéntica la analogía que realizan Nietzsche y Derrida entre el campo lingüístico y económico, al afirmar el primero que las verdades se han convertido en meras ilusiones, en monedas que por el desgaste han perdido su impresión, agotamiento de sentido que es visto por el pensador francés como la “usura de la metáfora” (Derrida, 1989, p. 259).
3. Estos conceptos pueden apreciarse en Derrida, Jacques. “La retirada de la metáfora”. En: La deconstrucción en las fronteras de la filosofía. Barcelona: Paidós, 1978, págs. 37-39. También Marcelino Agís (1995, 1227, p. 231) presenta una importante explicación de los postulados del filósofo francés.
4. Tropo: Determinados sentidos, más o menos diferentes del significado primitivo, que ofrecen en la expresión del pensamiento palabras aplicadas a nuevas ideas.
5. Para una explicación más amplia en torno a la metáfora lexicalizada y semilexicalizada, véase Chamizo Domínguez, Pedro José. Metáfora y conocimiento. Málaga: Analecta Malacitana, 1998, págs. 48-60.

Bibliografía

- Agís Villaverde, M. (1995). Del símbolo a la metáfora: introducción a la filosofía hermenéutica de Paul Ricoeur. Santiago de Compostela: Universidade, Servicio de Comunicaciones e Intercambio Científico.
- Chamizo Domínguez, P. J. (1998). Metáfora y conocimiento. Málaga: Analecta Malacitana.
- Cuenca, M. J. y Hilferty, J. (1999). Introducción a la Lingüística cognitiva. Barcelona: Ariel.
- Derrida, J. (1989). “La mitología blanca – La metáfora en el texto filosófico-“. En: Márgenes de la filosofía. Madrid: Cátedra.
- Derrida, J. (1978). “La retirada de la metáfora”. En: La deconstrucción en las fronteras de la filosofía. Barcelona: Paidós.
- Eco, H. (1981). Lector in fabula. Trad. R. Pochtar. Barcelona: Lumen.
- Ferro Bayona, J. (1984). Nietzsche y el retorno de la metáfora. Barranquilla: Uninorte.
- Freedberg, D. (1992). El poder de las imágenes. Madrid, Cátedra.
- Ricoeur, P. (1975). La función hermenéutica de la distanciación: exégesis, problemas de método y ejercicios de lectura. Neuchâtel: Delachaux et Niestlé.
- Ricoeur, P. (1980). La metáfora viva. Madrid: Cristiandad.

Fecha de recepción: 27 de agosto de 2013.

Fecha de aprobación: 30 de agosto de 2013.

Viviana Román González

Licenciada en Español y Lenguas. Magíster en Educación comunicativas. Líder del Grupo de Investigación y Estudios del Inglés y el Español – INES. Docente de la UNAC.

jroman@unac.edu.co